

INDICE

PRESENTACION

Jorge Maldonado Roldán.

Vicerrector de Comunicaciones y Vinculación con el Medio.

ACERCA DE LOS AUTORES

LA DEMOCRACIA DEL SIGLO XXI: HACIA UNA HUMANIZACIÓN GLOBAL

Josep Durán i Lleida.

Abogado español, Ex Diputado y Eurodiputado por Cataluña. Ex Presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores de Las Cortes de España.

CHINA, SU EMERGENCIA MUNDIAL Y NOSOTROS

Fernando Reyes Matta.

Comunicador y diplomático. Estudió historia y geografía en la Universidad de Chile y el postgrado en el Instituto de Ciencia Política de la Universidad Católica de Chile. Fue Consejero de Prensa en la Misión de Chile ante Naciones Unidas, en Nueva York; Asesor de Prensa Internacional del Presidente de la República (2000) y Embajador en la República Popular China (2006). Miembro del Comité Científico de Infoamérica.

COMPONENTES ÉTICOS DE LA GESTIÓN PÚBLICA Y SUS EFECTOS EN LA DEMOCRACIA.

Jorge Maldonado Roldán.

Vicerrector de Comunicaciones y Vinculación con el Medio. Profesor de Filosofía de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Diplomado en Gestión Pública y Master en Dirección y Gestión Pública Local de la Universidad Carlos III España. Consultor internacional en Planificación Estratégica y Responsabilidad Social Corporativa. Ha sido asesor del Centro Interamericano de Enseñanza Estadística (CIENES) de la Organización de Estados Americanos (OEA), Asesor de la Asociación Chilena de Municipalidades y director de varias corporaciones de estudios y asesoría en materia de Reforma del Estado, Gobernabilidad y Descentralización.

LA DEMOCRACIA DEL SIGLO XXI: HACIA UNA HUMANIZACIÓN GLOBAL

Josep Durán i Lleida

Cualquier reflexión a propósito de las características deseables de la democracia del siglo XXI obliga a iniciar mis consideraciones a partir de dos premisas iniciales: la primera, que pese a su expansión geográfica e incluso cultural, la evolución experimentada por la democracia en los últimos años no ha resultado tan satisfactoria como hubiésemos deseado. Después de décadas e incluso siglos pensando que la democracia es el mejor de todos los sistemas —excluidos los restantes, que diría Churchill— lo cierto es que hoy en día percibimos más que nunca que la realidad no se ajusta por completo a la teoría y que, en algún lugar u otro, el deseable progreso democrático se ha desviado de la ruta deseable. La primera cuestión, pues, consiste en determinar aquello que debería ser enderezado, si pretendemos que la humanidad alcance un estadio de democracia generalizada, en el que los derechos humanos, el bienestar y el progreso no sean sólo el privilegio de algunas personas o de algunos territorios, sino verdaderas realidades universales para todas las personas y en todos los estados de este mundo.

La segunda premisa, es que no sólo se trata de enderezar el rumbo, sino que debemos cartografiar los nuevos escollos que aparecen ante nosotros. No sólo el camino no ha sido el más adecuado, sino que, además, han aparecido nuevos obstáculos a superar. Si en el XIX se luchaba por acceder a un mínimo de derechos humanos y garantías legales frente a regímenes monárquicos o absolutistas, absolutamente desiguales, en los que el simple voto censitario ya fue una conquista, y en el XX se luchó por el reconocimiento universal de los derechos humanos en una sociedad sacudida primero por guerras de dimensiones impensables y luego por la división entre bloques y el pánico a una conflagración nuclear, ahora, en el siglo XXI, el escenario es otro muy distinto. Tan distinto, que ya no podemos entender la democracia de una manera local, sino global, y ello en una sociedad en la que la información y las redes sociales configuran una manera de actuar completamente distinta a la de décadas anteriores.

En el siglo XXI se han desarrollado nuevas formas de hacer política, que no sólo han variado en los contenidos sino también en las formas y los medios. Así, por ejemplo, surge una ola de nuevos populismos, muy distintos a los del siglo XX, y éstos hallan su vía de expansión en una sociedad expuesta a un alud de información que no siempre es cierta ni fiable. La idea del bien común o la aspiración de progreso general se banalizan; los nuevos liderazgos no aspiran a cohesionar la sociedad y aumentar los derechos cívicos y sociales, sino que las sociedades se fragmentan, se dividen y se enfrentan en una polarización que tiene su escenario en los medios de comunicación y en las redes sociales. La libertad de prensa, un derecho fundamental en cualquier democracia, ha degenerado en algunos medios hasta convertirse en un instrumento de manipulación y de generación de noticias falsas. Y esa enorme cantidad de información disponible no genera ciudadanos más libres y más informados, sino islas de opinión

desconectadas las unas de las otras, enfrentadas y cuya único objetivo es derrotar al enemigo ideológico.

Por otra parte, el S XXI se caracterizará por la pérdida de valor de la realidad. Está no cuenta! Platón habló del mundo de la realidad, pero hoy vivimos en el mundo de las percepciones donde la realidad no tiene importancia. En este sentido, el twitter y su lenguaje binario y simplificador, han contaminado de manera irreversible la confrontación de ideas y de proyectos. Estamos desgraciadamente, en muchos casos, ante el triunfo de la consigna, del argumentario burdo y reduccionista. Ante la búsqueda de la derrota del adversario en el espeso y sucio mar de las redes sociales y no de la consecución de consensos básicos sobre nuestras necesidades colectivas. No lo tomen como anécdota, y menos demagógica, pero el Presidente Trump es ejemplo diario de esta nueva política: transmite sus posiciones sobre política interna e internacional día a día vía twitter. Sencillamente, inquietante!. No pudo compartir la sentencia de Umberto Eco, afirmando que “las redes sociales dan derecho a millones de idiotas a expresarse, que antes solo habitaban en el bar después de beber un vaso de vino pero sin dañar a la comunidad”, pero no me negaran que tiene atractivo metafórico.

No obstante, vayamos por partes: se ha hablado a menudo de declive de la democracia, especialmente de la democracia liberal, y de una involución hacia el autoritarismo. Sin embargo, como avanzaba, es notorio que en el último cuarto del siglo XX la democracia experimentó la mayor expansión de su historia. Muchos territorios antiguamente sometidos a imperios coloniales, a dictaduras o a sistemas políticos totalitarios, se han convertido en estados regidos por sistemas más o menos sujetos a las reglas del parlamentarismo y de la democracia. Baste señalar, por ejemplo, que la caída del bloque soviético ha comportado que muchos de los estados resultantes o de sus antiguos estados satélites se hayan convertido hoy en día en democracias formales, aunque en algunos casos notablemente imperfectas, con tics autoritarios de mayor o menor intensidad. Además, pese a ejemplos fallidos como la mayoría de primaveras árabes o algunas involuciones notables, lo cierto es que la democracia sigue resultando deseable y atractiva para la mayoría de las personas y de los pueblos que desean que sus derechos y su dignidad sean respetados. Precisamente, en los lugares privados de democracia muchas personas están dispuestas a afrontar graves peligros para conseguirla, a la vez que otras personas están dispuestas a las máximas barbaridades para hacerla imposible.

Si nos centramos en lo que comúnmente calificamos como democracias avanzadas, podríamos constatar que el tránsito del siglo XX al XXI nos ha situado en un escenario en el que los ciudadanos se muestran cada vez más frustrados por la incapacidad de las democracias para asegurar los derechos cívicos y sociales ante los poderes económicos. No sólo eso: existe además un gran descontento de los ciudadanos respecto de los partidos políticos, una corrupción persistente en muchos países y, asimismo, es obvio que, con la crisis económica y las supuestas medidas de reactivación, se ha ido generando una brecha mayor entre los ciudadanos más favorecidos y los menos.

Por tanto, no ha de resultarnos difícil percibir que nuestras democracias no se hallan en su mejor momento y que resultan manifiestamente mejorables. Si a ello añadimos nuestro compromiso humanista, es obvio que nos sentimos obligados a avanzar hacia formas de democracia más efectivas y más profundas. Debemos conseguir una democracia humaniza-

da y, sobre todo, debemos de dotarla de contenido y de medidas adecuadas para su concreción política.

Quienes participamos del ideario humanista hemos considerado siempre que el hombre, el individuo, es una persona, y que la persona es nuestro eje de referencia; defendemos y postulamos que su dignidad es inalienable, no supeditada a ningún otro bien superior, y que no está hecha la persona para la economía o la política, sino la economía y la política para la persona.

Una democracia humanizada es aquella que se funda en la esperanza de una mayor libertad, una mayor responsabilidad y un mayor progreso de las personas, de la comunidad y de la sociedad en general. Pero de la misma manera que la fe sin obras no vale nada, para que ese anhelo democrático sea efectivo debemos luchar por la transformación del mundo en pro de la libertad y de la fraternidad humana. No se trata de recurrir a más o menos bellas palabras altisonantes pero desprovistas de contenido. Muy al contrario, Debemos impulsar unos valores cívicos y sociales que permitan resolver los problemas de nuestra democracia actual.

Años atrás, cuando otros pensadores humanistas reflexionaban sobre los retos de la democracia, solían aludir a la crisis de la civilización liberal, al individualismo, al nazismo, o a la visión marxista y estatalista del Estado o al totalitarismo. Estas fueron las cuestiones sobre las que reflexionaron Dom Sturzo, Maritain, Mounier, y otros muchos, pero algo ha cambiado desde entonces: el Estado ya no goza de aquel protagonismo de la primera mitad del siglo XX y también se ha visto que ese Estado antes divinizado es ahora impotente ante los embates de la economía o de la tecnología. La libertad y dignidad de las personas ya no dependen tanto de las decisiones del Estado o de las distintas administraciones, sino de los vaivenes económicos. Y tales vaivenes no se hallan sometidos a ningún control y, además, carecen de nombres y apellidos, de identidades a las que pedir explicaciones.

Muchos de nuestros problemas actuales derivan de transformaciones que han avanzado a un ritmo mucho mayor que las “actualizaciones” democráticas. La globalización ha dado lugar a una cierta liberalización de la circulación de mercancías, ha permitido algunos movimientos de personas y ha dado libertad absoluta a los movimientos de flujos financieros. El poder económico se concentra y aparecen grupos y entidades que adoptan decisiones políticas sin un especial rostro democrático reconocible y que no sólo condicionan la vida de los ciudadanos sino también las decisiones de los Estados e incluso la orientación y pervivencia de sus respectivos gobiernos.

Todo ello redundando en un innegable descrédito de las instituciones, de la política y de los políticos. Los ciudadanos saben que las nuevas cargas impositivas, los recortes en los servicios públicos o la redimensión de las instituciones no dependen de decisiones fundadas en las ideas políticas de los gobernantes, ni en programas debatidos y refrendados en contiendas electorales democráticas, sino que vienen impuestas desde otros ámbitos, sin posibilidad de oposición. Y en méritos de esas supuestas exigencias económicas insoslayables, las personas pueden verse afectadas en sus derechos, en su dignidad, en su capacidad para hallar trabajo y responsabilizarse de su bienestar. La economía puede crear burbujas que se expanden sin control y puede, cuando así lo precisa, crear legiones de personas y familias sin

empleo, situarlas en los límites de la pobreza y, además, desposeerlas de cualquier derecho a la solidaridad pública. Y todo ello, no por decisión del Estado, sino ante el Estado mismo, que deja de ser protagonista para pasar a ser poca cosa más que un simple espectador de los acontecimientos.

Ante un Estado incapaz de contener los dictados económicos, es comprensible que los ciudadanos se sientan alejados de la política. No es tanto un problema fruto del desencanto ciudadano o del progresivo alejamiento participativo. Está es solo la consecuencia! La causa es el claro desprestigio de las instituciones que deriva de su incapacidad para garantizar debidamente los derechos fundamentales de las personas y su dignidad humana. De esa incapacidad surge la desesperanza y, pisándole los talones, aparecen el populismo e incluso la rebelión, pero no una "rebelión fértil" destinada a reforzar y dar consistencia a nuevas aspiraciones democráticas, sino una rebelión estéril, cuyo único fin es utilizar la desesperación como ariete contra la sociedad misma, sin proponer alternativa alguna.

Además, existe una condena genérica de los políticos. En muchas partes del mundo, los políticos y los partidos en general son vistos como ejemplo de corrupción y como formaciones que sólo buscan su propio provecho y la consecución del poder. A ello contribuyen algunos políticos con comportamientos poco edificantes y con sonoros ejemplos de corrupción. Y no sólo podemos quejarnos por hechos semejantes, sino que, además, en la lucha cotidiana por convencer a los electores, se suele incurrir en la descalificación grosera de los adversarios políticos. Si cualquier partido acusa a los restantes partidos de actitudes poco éticas y de prácticas corruptas, si las acusaciones son generalizadas y alcanzan a prácticamente todo el mundo, si los noticiarios abren con los exabruptos que unos políticos han dirigido a otros políticos, es inevitable que el conjunto de los ciudadanos acabe creyendo que todos los políticos son iguales. Malvados, corruptos, perversos e iguales. Y obviamente no es así, pero ésa es la sensación que se deduce de los continuos ataques de unos a otros.

Y así, sin percibir el peligro que ello comporta, muchos partidos políticos tradicionales caen en el círculo vicioso de la descalificación, derivan hacia posiciones extremas, demuestran su imposibilidad para el diálogo y el entendimiento, no aspiran a una actuación conjunta en pro del bien común, fomentan la confrontación y la división social y, en definitiva, allanan el camino para que aparezcan movimientos populistas demagógicos y antisistema. La búsqueda del bien común y la alianza y el diálogo entre fuerzas políticas y la sociedad para conseguirlo, han desaparecido de cualquier programa electoral y de cualquier programa de gobierno.

Esta combinación entre la irresponsabilidad de muchos de los partidos políticos y la sensación de impotencia y servilismo de los mismos ante los dictados de la economía es letal para la valoración cívica del sistema democrático.

Urge, pues, una revisión de ese contrato social entre ciudadanos, partidos e instituciones. En definitiva, se trata de regenerar la democracia para que las personas y las familias puedan percibirla como el más válido de todos los instrumentos para organizar la convivencia, fomentar la justicia social y emprender conjuntamente la consecución del bien común. Se trata, sencillamente, de incorporar el respeto, la empatía y la colaboración con otras fuerzas políticas en nuestro día a día. El ciudadano debe poder percibir que la política no es una

lucha descarnada por el poder y el control del presupuesto, sino un ámbito en qué las distintas posiciones se encuentran, debaten y arbitran fórmulas para la defensa del bien común. La política debe infundir ilusión, proyectar valores, gestionar recursos y garantizar y ampliar derechos cívicos y sociales. Eso no se consigue mediante la fragmentación de la sociedad, ni con la prepotencia, ni con la demagogia, ni con posiciones radicales.

Y sobre todo, debemos evitar confundir las ansias de renovación y de regeneración política con las actitudes y los objetivos de los partidos populistas o antisistema. Ese es un riesgo contra el cual debemos vacunarnos y que exige un estado de alerta general, puesto que el populismo, que en lugar de ejercer sus responsabilidades públicas con prudencia y en pro del interés general, se dedica a exacerbar la tensión existente en el seno de la sociedad, a fomentar la confrontación y a difundir todo tipo de promesas imposibles, o que, en el peor de los casos, dedica su actividad a combatir las instituciones democráticas y las garantías legales e institucionales que tanto esfuerzo precisaron para su consolidación.

Pero ¿qué es realmente el populismo? El catedrático de filosofía política y excelente pensador, Daniel Innerarity al que Ustedes conocen por alguna intervención en este Encuentro Internacional sostiene que nuestros sistemas políticos no están siendo capaces de gestionar la creciente complejidad del mundo, y frente a ello el populismo ofrece una simplificación tranquilizadora, aunque sea al precio de una grosera falsificación de la realidad. Según el autor, "quien hable hoy de límites, responsabilidad, intereses compartidos, tiene todas las de perder frente a quien establezca unas demarcaciones rotundas entre nosotros y ellos, o entre las élites y el pueblo, de manera que la responsabilidad y la inocencia se localicen de un modo tranquilizador. Poco importa que muchos candidatos propongan soluciones ineficaces para problemas mal identificados, con tal de que ambas cosas —problemas y soluciones— tengan la nitidez de un muro o sean tan gratificantes como saberse parte de un nosotros incuestionable".

Hoy en día, cuando el populismo penetra en el sentimiento social, no se vota para solucionar algo sino para expresar un malestar. Y por ello son elegidos quienes prefieren encabezar las protestas contra los problemas que ponerse a trabajar para arreglarlos. Por eso —como destaca Innerarity— la competencia o incompetencia de los candidatos es un argumento muy débil. Lo decisivo es representar el malestar mejor que otros.

Asimismo, el profesor de Princeton de origen alemán, Jan-Werner Müller, nos explica otras características del populismo que debemos tener muy en cuenta. Por ejemplo, los populistas afirman que ellos y sólo ellos hablan en nombre de lo que tienden a llamar la "gente real" o la "mayoría silenciosa". Esta afirmación de un monopolio moral de la representación tiene dos consecuencias que son inmensamente perjudiciales para la democracia: los populistas acusan a todos los demás contendientes políticos de ser ilegítimos, pero no en el sentido de expresar desacuerdos sobre propuestas o planteamientos políticos —cosa que en sí misma es esencial para la democracia— sino que se plantea en términos personales y de descalificación. Para el populismo, sus oponentes son torcidos y corruptos, y baste ver la manera en que Trump ataca y descalifica el personaje de Hillary Clinton. Baste decir que, según una encuesta realizada en Florida durante la campaña electoral americana, el 40% de los votantes de Trump consideraban que, literalmente, Hillary Clinton era el mismo demo-

nio encarnado.

La segunda característica del populismo, según Müller, es menos obvia: los populistas sostienen que aquellos que no los apoyan, o que no comparten el sentido de lo que constituye la "gente real", pueden no pertenecer propiamente al conjunto de la sociedad, y para ello nos recuerda que en su discurso del día siguiente al referéndum del Brexit, Nigel Farage lo reclamó como una "victoria para la gente real". Con ello vino a decir que el restante 48% que deseaba permanecer en la UE no era del todo real y que no formaban parte de la auténtica población británica.

El populismo, no obstante, no pretende pasar de la democracia participativa a la democracia directa. Muy al contrario, su único planteamiento es que los representantes políticos a los que se enfrentan son representantes "equivocados", y que los únicos que serían representantes legítimos del pueblo serían esos mismos dirigentes populistas cuando alcanzasen el poder. Tampoco se pretende conseguir una mayor participación política, puesto que el populismo sólo busca en las urnas y en los referéndums una simple confirmación de aquello que ellos mismos, de antemano, ya han identificado como la verdadera voluntad de la sociedad, la voluntad de la buena gente, la voluntad de la mayoría silenciosa. No buscan un proceso abierto de ciudadanos que deliberen entre ellos. Pero no sólo eso: para el populismo, todo aquello que supone intermediación, control de poderes y salvaguarda de derechos o medios de comunicación profesionales, son simplemente formas de distorsión que intentan acallar la voluntad popular percibida por los dirigentes populistas y sus seguidores.

Y a partir de aquí, el populismo dispone de una gran facilidad para señalar enemigos. Cualquier oposición, cualquier restricción, es vista como una emanación del mal y de todas las perversiones posibles. Si las promesas de campaña no se cumplen, siempre habrá enemigos que lo han hecho imposible y que formarán parte de las élites corruptas, o de la burocracia institucional, o del establishment. Si no se puede reformar el Obamacare, o no se puede construir el muro en la frontera mexicana, siempre será por culpa de los enemigos de la nación, que son muchos y muy variados.

Pero aquí hay otra peculiaridad de los políticos populistas. No respetan los procedimientos; lo único que les importa, o eso dicen, es ejecutar directamente lo que consideran la voluntad de la gente real. Las leyes vigentes, para el populismo, no son la garantía de la democracia, ni el resultado de la voluntad de los ciudadanos, y los procesos de participación sólo resultan legítimos si corroboran aquello que se pretende de antemano. Baste decir que, en las últimas elecciones presidenciales americanas, el 70% de los votantes republicanos consideraban que, si Hillary Clinton ganaba las elecciones, sólo podría deberse al hecho de haber manipulado los resultados. Para el populismo, su derrota en las urnas nunca será reflejo de la voluntad popular, sino que debe ser causada por las élites que mueven los hilos por detrás del escenario.

En un reciente libro de Enrico Letta, "Hacer Europa y no la Guerra", repleto de interesantes reflexiones sobre la democracia y el futuro de Europa, el antiguo Presidente del Consejo de Ministros italiano nos advierte también de la tentación de confiar la gestión política a un "hombre fuerte", a un líder providencial y simple. Y cita como ejemplos no sólo a Trump, sino a Rodrigo Duterte de Filipinas, a Erdogan, y a otros dirigentes que se caracterizan por

simplificar, comprimir y reducir la verdad, cosa que, según Letta, equivale a deformarla y falsearla. La resolución de los problemas actuales no pasa por concentrar el poder en un líder populista, sino en el policentrismo, la inteligencia colectiva y el trabajo "en horizontal" que hoy podrían permitir internet y las redes sociales. nio encarnado.

Muchos de estos "hombres fuertes" y los movimientos populistas en que se asientan han consolidado su poder sobre un proceso constante de división social, de enfrentamiento, de utilización y de desvío de las instituciones. Paradójicamente, suelen reclamar un fortalecimiento del Estado, de la administración y del control de éstos sobre la sociedad. Su razón, sin embargo, no obedece a ningún debate sobre su conveniencia, su eficacia o sus efectos de cara a una mayor libertad y mayores derechos de los ciudadanos. El "hombre fuerte" no busca el interés común, el progreso general, el fortalecimiento de las instituciones, la creación de "cheks and balances" o la mejora de la democracia, sino que sólo pretende generar un estado de opinión que consolide su poder y su capacidad de control sobre el propio Estado y sobre el conjunto de la sociedad. Con ello, el Estado no es más eficiente, ni los servicios son mejores o más económicos, sino que sólo se consigue una mayor burocracia y una mayor inseguridad jurídica.

Para Letta, éstos no son liderazgos aceptables en el siglo XXI, cuando el liderazgo y el progreso efectivo consisten precisamente en establecer conexiones y crear coaliciones que pongan a todo el mundo manos a la obra y que permitan aprovechar las múltiples energías de una sociedad libre, formada por personas y cuerpos intermedios responsables. Esa es la forma de actuar que ha de producir resultados reales y no una continua política de sobresaltos y de acción/reacción ante los problemas imprevistos. Y una vía necesaria para alcanzar ese objetivo de responsabilidad conjunta y de liderazgos compartidos consiste en salir al encuentro de las nuevas necesidades de participación ciudadana, con lo cual internet se convierte en una vía espectacular para desarrollar la democracia participativa.

Permítanme que, en esta cuestión, aun sin discrepar, sea un poco más prudente que el ilustre y respetado político italiano. Años atrás, en cualquier reflexión política o académica sobre los efectos de las nuevas tecnologías sobre la democracia, se enfatizaba de manera optimista sobre la capacidad de acceder a grandes debates sin árbitros ni intermediarios, en una red esencialmente libre que no permitía injerencias y que no estaba dirigida por ninguna autoridad. Asimismo, la red se convertía en receptora y depositaria de millones de aportaciones que, según su solidez, podían convertirse rápidamente en mensajes virales. La misma red permitía también publicitar e impulsar proyectos de colaboración entre personas y colectivos y una plataforma en la que se podían materializar los anhelos del mundo entero y contribuir a la democratización de territorios y espacios en los que la libertad de expresión era una quimera.

Sin embargo, deberíamos reflexionar también a propósito de los efectos de las nuevas tecnologías. Por ejemplo, como nos recordaba el antes mencionado profesor Müller, hay razones para creer que Twitter y Facebook funcionan especialmente bien para los populistas. Hable de ello al inicio de mi conferencia, pero permítanme que ahora insista con otras palabras.

En la red, quien consigue imponer su relato, sea cierto o no, obtiene un capital político traducible en votos o influencia. Así, el filósofo y politólogo Manuel Arias Maldonado, ha denunciado repetidamente la “balcanización” que se experimenta en las redes, caracterizada por la tendencia a consumir sólo noticias modeladas con arreglo a preferencias políticas preexistentes. En expresión del autor “los ciudadanos habitan burbujas cognitivas donde consumen información y se relacionan con personas alineadas ya con sus creencias”, lo que refuerza el tribalismo moral o la adhesión irreflexiva al propio grupo. Nosotros mismos, si examinamos nuestras redes sociales, veremos que seguimos o somos seguidos prácticamente de manera exclusiva por personas afines a nuestro pensamiento, que compartimos amistad en Facebook casi de manera exclusiva con quienes opinan de manera idéntica a nosotros y que, en definitiva, los argumentos políticos en la red viven en burbujas paralelas que jamás establecen contacto entre ellas. Muy al contrario, en el interior de esas burbujas cohabita un gran número de personas cuyas opiniones coinciden y se refuerzan y se autoalimentan.

También se ha denunciado la capacidad de las grandes plataformas para, en aplicación de sus algoritmos, primar nuestra exposición a las noticias provenientes de medios o usuarios afines. Los “me gusta” en Facebook o Twitter no son neutros, y nos conducen hacia informaciones que nos hacen sentir a gusto y que coinciden con nuestra manera de pensar.

Tampoco sería necesario mencionar la capacidad de la red para poner en circulación noticias falsas y teorías conspiradoras, que, debidamente introducidas en una de esas burbujas, puede tener efectos explosivos fácilmente imaginables. Y también es fácil constatar, en medios en que la posibilidad de comentar y debatir está abierta a todos los usuarios, la agresividad con la que muchos de ellos se comportan, y el consiguiente retraimiento de quienes no comparten en su integridad la opinión de los usuarios más agresivos. En una feliz expresión, “esta falta de civilidad restringe de facto la libertad de palabra y convierte las redes sociales en el imperio del exaltado”.

No se trata de aportar una visión negativa del estado de la democracia, ni de los peligros que puede comportar Internet para su expansión. Muy al contrario, retomando una de las frases iniciales, la democracia sigue siendo considerada el mejor sistema y son muchas las personas y las sociedades que luchan para alcanzarla y hacerla efectiva.

Se ha dicho siempre que el futuro de la democracia pasa por una mayor democracia. Sin duda, se trata de una frase bella e interesante, pero con el eterno problema de que ha de ser dotada de contenido concreto para que tenga algún significado.

A mi entender, la democracia sólo se podrá fortalecer con una progresiva recuperación de valores éticos. Esto significa que no disponemos de remedios mágicos o inmediatos, y que el fortalecimiento democrático pasa necesariamente por la formación cívica y ética de los ciudadanos. Antes aludía a la necesidad de recuperar ese “contrato social” entre ciudadanos, partidos e instituciones. No se trata de sentarse ante una mesa a firmar ningún papel ni declaración de intenciones, pero sí que debemos esforzarnos en un cambio de actitudes, en una recuperación de valores, en una mayor formación cívica. Debemos recuperar palabras como respeto, responsabilidad, transparencia, voluntad de servicio, cooperación, diálogo, entendimiento... La sociedad no debe construirse mediante batallas y divisiones internas, sino a partir de la cohesión. Sumar esfuerzos desde la responsabilidad y el humanismo ha

ha de ser siempre preferible a la imposición y a la existencia de vencedores y vencidos.

La reconciliación con la democracia ha de provenir, pues, de una visión humanista, que profundice en el despliegue de las libertades, de la iniciativa y de la responsabilidad personal y comunitaria. Es necesaria una visión que comporte la conciencia de una vinculación mutua entre las personas, que refuerce la fraternidad, la promoción de la participación, la justicia y la solidaridad y que, sobre todo, consiga llegar hasta el último de los más pobres y necesitados. Si no es así, nuestra supuesta democracia sería sólo un compendio de privilegios para pocos o muchos, pero no un sistema justo y universal.

Y también, obviamente, es necesario que los propios políticos sintamos la necesidad de dignificar la política. La revalorización de la democracia sólo podrá ser resultado de un cambio en las ideas y en las formas. No sólo debemos armarnos de valores, sino que también debemos optar por una forma distinta de concebir la controversia política, alejada de la continua descalificación del adversario, de la voluntad continua de desgaste, de la demagogia y de la radicalización de posiciones.

Volviendo a las reflexiones de Daniel Innerarity, la democracia es un conjunto de valores y procedimientos que hay que saber orquestar y equilibrar (participación ciudadana, elecciones libres, juicio de los expertos, soberanía nacional, protección de las minorías, primacía del derecho, deliberación, representación...). Asimismo, una democracia real es siempre una democracia compleja y, además, es un proceso. En la democracia debe haber espacio para el rechazo y la protesta, pero también para la transformación y la construcción, ha de haber tiempo para debatir y deliberar.

Hemos de trabajar en favor de una cultura política más compleja y matizada. Uno de nuestros principales problemas radica en que cuando las sociedades se polarizan no dan lugar a procesos democráticos de calidad. Permítanme, en este punto en particular una breve reflexión sobre los referéndums. Aquí de nuevo comparto las reflexiones de mi amigo Enrico Letta. Se presentan como la panacea de la democracia y, sin embargo, no lo son. Es cierto que poseen el mérito de ser rápidos, simples y espectaculares. Pero ¿acaso aportan eficacia y equilibrio al proceso de decisión? Lo dudo mucho. El referéndum simplifica problemas complejos mediante una respuesta binaria. En Europa – en GB, con el Brexit- , en Italia, en Hungría, o lo que se intenta en Cataluña,- los referéndums en democracias parlamentarias, ofrecen atajos que dan la impresión de ayudar la democracia, mientras que en realidad la debilitan. A menudo -no siempre, claro está! Al fin y al cabo para Ustedes, los chilenos, resulto un instrumento eficaz para recuperar la democracia- , pero a menudo, decía un referéndum no significa necesariamente respetar al pueblo, porque la intención es manipularlo. No se debe denigrar la democracia representativa, sino rehabilitar.

Al ciudadano le resulta difícil entender las razones por las que los distintos partidos no colaboran en la consecución del bien común. Muy al contrario, su percepción, a menudo cierta, es que los partidos sólo atienden a sus objetivos estratégicos para alcanzar el poder, sin que les importe ni las dificultades ni los problemas que las familias y la comunidad en general padecen día a día.

En muchas ocasiones he ido reiterando que quienes participamos de la inspiración humanista debemos sentirnos especialmente implicados en este restablecimiento de afectos. Es obvio que no podemos proponer unas medidas generales que sean aplicables “urbi et orbi”, puesto que cada realidad nacional es distinta y exige reformas diferentes, pero es necesario combatir ese desencantamiento que se acaba convirtiendo en desconfianza y en falta de credibilidad.

La primera reforma debe comenzar por los propios partidos políticos, que deben ser menos verticales y jerárquicos y más abiertos a la participación de los afiliados y de la sociedad en general. Asimismo, los partidos políticos han de ser transparentes, no sólo porque gran parte de su financiación proviene de fondos públicos sino también para general conocimiento de cuáles son sus fuentes de financiación. Esa transparencia no debe ser únicamente económica, sino que debe extenderse a sus documentos fundacionales, estatutos, ponencias aprobadas y resoluciones políticas de especial trascendencia. También deben rendir cuentas del cumplimiento de sus programas electorales.

También debemos luchar a fondo contra los casos de corrupción. No es justa ni adecuada la percepción que tales supuestos quedan impunes, aunque también es cierto que en demasiados casos la instrucción de los procedimientos resulta incomprensiblemente lenta.

Debemos fomentar la mayor transparencia en la actuación de los poderes públicos y garantizar la existencia de una administración ética, al servicio del ciudadano y alejada de cualquier sombra de corrupción. Y, además, debemos emprender también el máximo esfuerzo para fomentar de manera real la participación de la ciudadanía en la actividad política. Debemos disponer de parlamentos abiertos y accesibles, que sean ejemplares en el trato y que transmitan la debida pedagogía de consenso y respeto en el debate y en la aprobación de las leyes.

Pero sigo insistiendo en que el primer impulso para restablecer la confianza en la democracia y en la política ha de provenir de los mismos políticos. De nada servirá diseñar reformas, aumentar garantías, fomentar participaciones, si la política sigue siendo un coto cerrado de lucha por el poder y en el que no existe otra regla que el “todo vale”, si los políticos no rendimos cuentas y, si en definitiva, sólo pretendemos del ciudadano que nos vote de vez en cuando.

Una democracia mejor y más intensa sólo puede ser el resultado de una progresiva implantación de los valores humanistas que defendemos y de su defensa ejemplar por parte de quienes los profesamos.

En definitiva, debemos ser los primeros y los más firmes defensores de la idea que el bien común sólo será el resultado de un esfuerzo conjunto al que están llamadas todas las personas, todas las opiniones y todos los partidos políticos democráticos. Debemos ser ejemplares en la capacidad de diálogo, en el respeto al adversario y transmitir con claridad el mensaje de que nadie posee la verdad absoluta y, menos aún, el derecho a implantar unilateralmente medidas sin el debido consenso y prescindiendo de las reglas que garantizan los derechos democráticos del conjunto de la sociedad.

Si lo conseguimos, si reimplantamos la necesidad de unos profundos valores éticos, morales y cívicos, habremos dado el paso más decisivo para el fortalecimiento de la democracia y, sean cuales sean los múltiples problemas que hoy en día nos acechan, habremos empezado a convertir nuestras sociedades en un espacio de bienestar y de progreso comunitario. En definitiva, habremos construido una sociedad más humana y democrática.